

La corbata del hombre eran tan naranja como una puesta de sol. Se trataba de un individuo robusto, alto y puro músculo. El pelo oscuro con raya al medio y pegado al cuero cabelludo, las mejillas firmes y carnosas, la ropa que ceñía su cuerpo con evidente comodidad, e incluso las orejas, pequeñas y rosadas, adheridas a los lados de la cabeza: cada uno de estos elementos parecía formar parte de los distintos colores de una misma superficie uniforme. Tenía entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años.

Tomó asiento junto al escritorio de Samuel Spade, se echó hacia adelante, ligeramente apoyado en su bastón de caña, y dijo:

-No. Solo quiero que averigüé qué le ocurrió. Espero que no lo encuentre -sus ojos verdes saltones miraron solemnemente a Spade.

Spade se balanceó en el sillón. Su rostro -al que las uves de la barbilla huesuda, la boca, las fosas nasales y las cejas densamente pobladas otorgaban un aspecto satánico que no resultaba del todo desagradable- mostraba una expresión tan amablemente interesada como su tono de voz.

-¿Por qué?

El hombre de ojos verdes habló sereno y seguro:

-Spade, con usted se puede hablar. Tiene la clase de reputación que debe tener un detective privado. Por eso he acudido a usted.

El gesto de asentimiento no comprometió en nada a Spade. El hombre de ojos verdes prosiguió:

-Y estaré de acuerdo con un precio razonable.

Spade volvió a asentir, y respondió:

-Y yo, pero tiene que decirme qué servicio quiere pagar. Quiere averiguar qué le pasó a este... bueno, a Eli Haven, pero no le importa saber de qué se trata.

Aunque el hombre de ojos verdes bajó la voz, su expresión no cambió.

-En cierto sentido, me interesa. Por ejemplo, si lo encontrara y consiguiera mantenerlo definitivamente alejado, estaría dispuesto a pagar más.

-¿Está diciendo que lo mantenga alejado aunque no quiera?

-Ni más ni menos -replicó el hombre de ojos verdes.

Spade sonrió y negó con la cabeza.

-Probablemente esa cantidad mayor no sea suficiente... tal como lo ha planteado -apartó de los brazos del sillón sus manos de dedos largos y gruesos y puso las palmas hacia arriba-. Dígame, Colyer, ¿de qué se trata?

Aunque Colyer se ruborizó, sostuvo su mirada fría e inexpresiva.

-Ese hombre está casado con una mujer que me cae bien. La semana pasada se pelearon y él se largó. Si logro convencerla de que se ha ido definitivamente, cabe la posibilidad de que ella pida el divorcio.

-Me gustaría hablar con ella -declaró Spade-. ¿Quién es Eli Haven? ¿A qué se dedica?

-Es un mal tipo. No da golpe. Escribe poesía o algo por el estilo.

-¿Puede darme más datos útiles?

-No puedo decirle nada que Julia, su esposa, sea incapaz de transmitirle. Hable con ella -Colyer se puso en pie-. Estoy bien relacionado. Es posible que más adelante sepa algo más gracias a mis relaciones.

Una mujer menuda, de veinticinco o veintiséis años, abrió la puerta del apartamento. Su vestido azul pálido estaba adornado con botones plateados. Aunque pechugona, era esbelta, de hombros rectos y caderas estrechas, y se movía con un aire orgulloso, que en otra menos agraciada habría sido presuntuoso.

-¿Señora Haven? -preguntó Spade.

-Sí -la mujer vaciló antes de responder.

-Gene Colyer me pidió que hablara con usted. Me llamo Spade, y soy detective privado. Colyer quiere que busque a su marido.

-¿Lo ha encontrado?

-Todavía no. Primero tengo que hablar con usted.

La sonrisa de la mujer se esfumó. Estudió seriamente el rostro de Spade, facción por

facción, retrocedió, abrió la puerta y replicó:

-Claro, adelante.

Se sentaron frente a frente en los sillones de una sala modestamente decorada. Tras las ventanas se veía un campo de juego en el que unos chicos bulliciosos se divertían.

-¿Le dijo Gene por qué quiere encontrar a Eli?

-Me dijo que cabe la posibilidad de que usted reflexione, si llega a la conclusión de que se ha ido definitivamente -la mujer guardó silencio-. ¿Se ha largado así en otras ocasiones?

-Frecuentemente.

-¿Cómo es Eli ?

-Cuando está sobrio es fantástico. Y cuando bebe también es agradable, salvo en lo que se refiere a mujeres y dinero -replicó imparcialmente.

-Por lo que parece, es interesante en muchos aspectos. ¿Cómo se gana la vida?

-Es poeta y, como sabe, nadie se gana la vida escribiendo poesías.

-¿Cómo...?

-Bueno, a veces aparece con algo de dinero. Dice que lo ha ganado al póquer o en las apuestas. ¡Yo qué sé!

-¿Hace mucho que están casados?

-Casi cuatro años...

Spade sonrió burlón.

-¿Han vivido siempre en San Francisco?

-No, el primer año vivimos en Seattle, y luego nos trasladamos aquí.

-¿Su marido es de Seattle?

La señora Haven negó con la cabeza.

-Es de un pueblo de Delaware.

-¿De qué pueblo?

-No tengo ni la menor idea.

Spade frunció ligeramente sus pobladas cejas.

-¿De dónde es usted?

-No me está buscando a mí -sonrió ligeramente.

-Se comporta como si así fuera -protestó-. Dígame, ¿quiénes son los amigos de su marido?

-¡A mí no me lo pregunte!

Spade hizo una mueca de impaciencia e insistió:

-Seguro que conoce a algunos.

-Sí. Hay un tal Minera, y un Louis James y alguien a quien llama Conny.

-¿Quiénes son?

-Gente corriente -respondió afablemente-. No sé nada de ellos. Telefonean, pasan a recoger a Eli o los veo en la calle con él. No sé nada más.

-¿Cómo se ganan la vida? Supongo que no serán todos poetas.

La mujer rió.

-Podrían intentarlo. Uno de ellos, Louis James, es... creo que forma parte del equipo de Gene. Sinceramente, no sé más de lo que le he dicho.

-¿Cree que saben dónde está su marido?

La señora Haven se encogió de hombros.

-Si lo saben, me están mintiendo. Aún llaman de vez en cuando para preguntar si ha dado señales de vida.

-¿Y las mujeres que mencionó?

-No las conozco.

Sam miró pensativo el suelo y preguntó:

-¿Qué hacía su marido antes de que empezara a no ganarse la vida con la poesía?

-De todo un poco: vendió aspiradoras, hizo de temporero, se echó a la mar, repartió naipes en una mesa de blackjack, trabajó para el ferrocarril, en industrias conserveras, en campamentos de leñadores, en ferias, en un periódico... hizo de todo.

-Cuando se fue, ¿tenía dinero?

-Los tres dólares que me pidió.

-¿Qué le dijo?

La mujer rió.

-Me dijo que si mientras estaba afuera yo utilizaba mis influencias divinas para hacer travesuras, regresaría puntualmente a la hora de la cena y me daría una sorpresa.

Spade frunció el entrecejo.

-¿Estaban peleados?

-Qué va, no. Hacía un par de días que nos habíamos reconciliado de la última pelotera.

-¿Cuándo se fue?

-El jueves por la tarde, alrededor de las tres.

-¿Tiene alguna foto de su marido?

-Sí.

La señora Haven se acercó a la mesa que había junto a una de las ventanas, abrió un cajón y se volvió hacia Spade con una foto en la mano. Spade observó la imagen de un rostro delgado, de ojos hundidos, boca sensual y frente surcada de arrugas y coronada por una desgredada pelambreira rubia y gruesa. Guardó la foto de Haven en un bolsillo y recogió su sombrero. Caminó hacia la puerta y se detuvo.

-¿Qué tal poeta es? ¿Es de los buenos?

La mujer se encogió de hombros.

-Eso depende de a quién se lo pregunte.

-¿Tiene alguno de sus libros?

-No -la señora Haven sonrió-. ¿Cree que se ha escondido entre las páginas?

-Nunca se sabe qué pista conduce a algo interesante. Volveré a visitarla. Piense y compruebe si puede decirme algo más. Adiós.

Spade bajó por la calle Post hasta la librería Mulford y pidió un ejemplar de los poemas de Haven.

-Lo siento, pero ya no quedan -dijo la empleada-. La semana pasada vendí el último -sonrió- al mismísimo señor Haven. Si quiere, puedo pedirlo.

-¿Lo conoce?

-Solo por haberle vendido libros.

Spade apretó los labios y preguntó:

-¿Cuándo fue? -entregó su tarjeta a la empleada-. Por favor, es muy importante.

La muchacha se acercó a un escritorio, volvió las hojas de un libro de contabilidad encuadernado en rojo y regresó con éste abierto en las manos.

-Fue el miércoles pasado -respondió- y se lo entregamos al señor Roger Ferris, del 1981 de la avenida Pacific.

-Muchísimas gracias -dijo Spade.

Salió de la librería, llamó un taxi y dio al chofer las señas del señor Roger Ferris.

La casa de avenida Pacific era un edificio de piedra gris, de cuatro plantas, que se alzaba detrás de un estrecho jardín. La estancia a la que una criada de cara regordeta hizo pasar a Spade era amplia y de techo alto.

Aunque Spade tomó asiento, en cuanto la criada se retiró, se levantó y recorrió la sala. Se detuvo ante una mesa en la que había tres libros. Uno tenía en la sobrecubierta de color salmón, impreso en rojo, el bosquejo de un rayo que caía a tierra, entre un hombre y una mujer. En negro figuraba: Luces de colores, de Eli Haven.

Spade cogió el libro y volvió a la silla.

En la guarda había una dedicatoria escrita con tinta azul y con letras de trazos gruesos e irregulares:

Al bueno de Buck, que conoció las luces de colores, en recuerdo de aquellos tiempos.

Eli

Spade volvió las páginas al azar y leyó tranquilamente un poema:

Demasiados han vivido tal como vivimos

para que nuestras vidas sean prueba de nuestra vida.

Demasiados han muerto tal como morimos

para que sus muertes sean prueba de nuestra agonía.

Spade apartó la vista del libro cuando en la sala entró un hombre en esmoquin. Aunque no era alto, se mantenía tan erguido que incluso lo pareció cuando quedó frente al metro ochenta y pico de Spade. Sus más de cincuenta años no empañaban aquellos ojos azules y encendidos, su rostro bronceado, en el que no había ni un solo músculo flácido, la frente ancha y uniforme y unos cabellos gruesos, cortos y casi blancos. Su semblante transmitía dignidad e, incluso, amabilidad.

Señaló el libro que Spade aún tenía en la mano, y preguntó:

-¿Le gusta?

Spade sonrió.

-Parezco muy descarado -dijo, y soltó el libro-. De todos modos, señor Ferris, ése es el motivo por el que he venido a verle. ¿Conoce a Haven?

-Sí. Señor Spade, siéntese, por favor -tomó asiento en un sillón próximo al del detective-. Lo conocí de joven. ¿Se ha metido en líos?

-No lo sé. Estoy tratando de dar con él -dijo Spade.

Ferris preguntó vacilante:

-¿Puedo preguntarle por qué?

-¿Conoce a Gene Colyer?

-Sí -Ferris volvió a titubear. Finalmente agregó:- Que esto quede entre nosotros. Poseo una cadena de cines en el norte de California, y hace un par de años, cuando tuve problemas con el personal, me dijeron que Colyer era el individuo con quien debía ponerme en contacto para resolver la cuestión. Así le conocí.

-Claro -comentó Spade secamente-. Muchas personas conocen así a Gene.

-¿Qué tiene que ver con Eli?

-Me ha pedido que lo busque. ¿Cuándo lo vio por última vez?

-El jueves pasado estuvo en casa.

-¿A qué hora se marchó?

-A medianoche... quizás algo después. Se presentó por la tarde, alrededor de las tres y media. Hacía años que no nos veíamos. Lo convencí de que se quedara a cenar... iba bastante desastrado... y le presté dinero.

-¿Cuánto?

-Ciento cincuenta, todo lo que tenía en casa.

-Antes de irse, ¿dijo adónde pensaba dirigirse?

Ferris negó con la cabeza.

-Me dijo que me telefonaría al día siguiente.

-¿Y le telefoneó?

-No.

-¿Lo conoce de toda su vida?

-No exactamente. Trabajó para mí hace quince o dieciséis años, cuando yo era propietario de una empresa de feria, grandes espectáculos combinados del Este y el Oeste, primero con un socio, y luego por mi cuenta. El chico siempre me cayó bien.

-¿Cuándo lo vio por última vez antes del jueves?

-Solo Dios lo sabe -replicó Ferris-. Le perdí la pista durante años. El miércoles llegó el libro, como llovido del cielo, sin remitente ni nada que se le pareciera, salvo la dedicatoria, y Eli me telefoneó a la mañana siguiente. Me encantó saber que seguía

vivo y tratando de superarse. Aquella tarde vino a verme y estuvimos cerca de nueve horas hablando de los viejos tiempos.

-¿Le habló de lo que hizo desde entonces?

-Solo comentó que había rodado de aquí para allá, hecho esto y lo otro, aprovechando los golpes de suerte que se le presentaron. No se quejó, tuve que obligarlo a aceptar ciento cincuenta.

Spade se puso en pie.

-Muchísimas gracias, señor Ferris. Me he... -Ferris lo interrumpió:

-No se merecen. Si puedo hacer algo por usted, cuente conmigo.

Spade miró la hora.

-¿Me permite telefonar a mi oficina para preguntar si hay alguna novedad?

-Naturalmente. Hay un teléfono en la habitación de al lado, a la derecha.

Spade le dio las gracias y salió. Regresó liando un cigarrillo y con expresión imperturbable.

-¿Alguna novedad? -quiso saber Ferris.

-Sí. Colyer me ha retirado el encargo. Dice que han encontrado el cadáver de Haven oculto entre unos arbustos, al otro lado de San José, con tres balas -sonrió. Luego añadió apaciblemente-: Me dijo que quizás se enterará de algo a través de sus relaciones...

El sol matinal que se colaba por las cortinas que protegían las ventanas de la oficina de Sam Spade dibujaba sobre el suelo dos amplios rectángulos amarillos y daba a todo un tono dorado.

Spade estaba sentado ante el escritorio y contemplaba meditabundo el periódico. No alzó la mirada cuando Effie Perine entró desde la antesala.

-Ha llegado la señora Haven -dijo la secretaria. Spade irguió la cabeza y replicó:

-¡Ajá! Hazla pasar.

La señora Haven entró deprisa. Estaba pálida y temblaba, pese al abrigo de piel y a que el día era cálido. Fue directamente hacia Spade y preguntó:

-¿Lo mató Gene?

-No lo sé -respondió Spade.

-Tengo que saberlo -gritó.

Spade le tomó las manos.

-Venga, siéntese -la acompañó hasta una silla. Luego preguntó:- ¿Le dijo Colyer que me ha anulado el encargo?

La señora Haven lo miró azorada.

-¿Cómo?

-Anoche me dejó dicho que habían encontrado a su marido, y que ya no necesitaba mis servicios.

La mujer hundió la cabeza y habló con voz apenas audible.

-Entonces fue él.

Spade se encogió de hombros.

-Tal vez solo un inocente podía permitirse el lujo de llamar para anular el encargo, aunque quizá sea culpable y tuvo la astucia y el valor suficientes para...

La mujer no lo escuchaba. Se inclinó hacia él y preguntó con toda seriedad:

-Dígame, señor Spade, ¿está dispuesto a darse por vencido sin presentar batalla? ¿Dejará que Gene lo asuste?

Sonó el teléfono mientras la mujer aún estaba hablando. El detective se disculpó y cogió el auricular.

-Diga... Vaya, vaya.... ¿seguro? -frunció los labios-. Se lo diré -apartó lentamente el teléfono y volvió a mirar a la señora Haven-. Colyer está en la antesala.

-¿Sabe que estoy aquí? -lo apremió.

-No estoy seguro -Spade se puso en pie y fingió no observarla atentamente-. ¿Le preocupa que sepa que está aquí?

La señora Haven se mordió el labio inferior y replicó vacilante:

-No.

-Me alegro. Diré que lo hagan pasar.

La mujer levantó la mano para protestar pero, finalmente, la dejó caer. La palidez de su rostro había desaparecido cuando dijo:

-Haga lo que quiera.

Spade abrió la puerta y saludó:

-Hola, Colyer. Pase. Da la casualidad de que estábamos hablando, precisamente, de usted.

Colyer asintió y entró en el despacho con el bastón en una mano y el sombrero en la otra.

-Hola, Julia, ¿cómo estás? Tendrías que haberme telefoneado. Te habría llevado en coche al centro.

-Yo... no sabía lo que hacía.

Colyer la observó unos segundos más, y luego concentró sus ojos verdes e inexpresivos en la cara de Spade.

-Dígame, ¿ha podido convencerla de que no fui yo?

-Aún no habíamos llegado a esa cuestión -respondió Spade-. Intentaba averiguar si existían motivos para sospechar de usted. Siéntese.

Colyer se sentó con cierta cautela y preguntó:

-¿Y?

-Y en ese momento llegó.

Colyer asintió con gravedad.

-De acuerdo, Spade. Queda nuevamente contratado para demostrar a la señora Haven que yo no he tenido nada que ver con este asunto.

-¡Gene! -exclamó la mujer con voz quebrada y, suplicante, extendió las manos hacia

él-. No creo que lo hayas hecho... quiero creer que no lo has hecho... pero tengo mucho miedo -se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

Colyer se acercó a la mujer y le dijo:

-Cálmate. Lo aclararemos juntos.

Spade fue a la antesala y cerró la puerta. Effie Perime dejó de mecanografiar una carta. El detective le sonrió y comentó:

-Alguna vez alguien debería escribir un libro sobre la gente... es bastante rara -se acercó a la botella de agua-. Supongo que tienes el número de Wally Kehlogg. Llámalo y pregúntale dónde puedo encontrar a Tom Minera.

Spade regresó a su despacho.

La señora Haven había dejado de llorar y murmuró:

-Lo lamento.

-No se preocupe -la tranquilizó Spade. Miró de soslayo a Colyer-. ¿Aún tengo el trabajo?

-Sí -Colyer carraspeó-. Si en este momento no me necesita, acompañaré a la señora Haven a su casa.

-De acuerdo, pero me gustaría aclarar algo: según el Chronicle, fue usted quien lo identificó. ¿Cómo es que estaba allí?

-Porque fui en cuanto me enteré de que habían encontrado un cadáver -repuso Colyer serenamente-. Ya le dije que estoy bien relacionado. Me enteré por mis contactos de la existencia del cadáver.

-Está bien. Nos veremos -dijo Spade, y abrió la puerta.

En cuanto la señora Haven y Colyer salieron, Effie Penne dijo:

-Minera está en el Buxton, de la calle Army.

-Gracias -murmuró Spade. Entró en el despacho a buscar el sombrero. Cuando estaba a punto de salir añadió:- Si no he vuelto en un par de meses, diles que busquen mi cadáver en el hotel.

Spade caminó por un sórdido pasillo hasta una gastada puerta pintada de verde, en la

que se leía «411». Aunque por la puerta se colaba un murmullo de voces, no entendió una sola palabra. Dejó de escuchar y llamó.

Una voz masculina, toscamente deformada, preguntó:

-¿Qué se le ofrece?

-Soy Sam Spade, y quiero ver a Tom.

Tras una pausa, la voz respondió:

-Tom no está aquí.

Spade sujetó el picaporte y sacudió la destartada puerta.

-Vamos, abra -gruñó.

Al instante, un hombre moreno y delgado, de veinticinco o veintiséis años, que intentó volver inocentes sus ojos oscuros, pequeños y brillantes, abrió la puerta, al tiempo que decía:

-En un primer momento me pareció que no era su voz.

La flaccidez de su barbilla hacía que pareciera más pequeña de lo que en realidad era. Su camisa de rayas verdes, desabrochada a la altura del cuello, no estaba limpia. Sus pantalones grises estaban primorosamente planchados.

-Actualmente hay que ser cuidadoso -declaró Spade solemnemente, y entró en una habitación en la que dos hombres intentaban disimular el interés que experimentaban por su presencia.

Uno de los individuos estaba apoyado en el alféizar y se limaba las uñas. El otro estaba repantigado en una silla, con los pies en el borde de la mesa y un periódico abierto entre las manos. Miraron simultáneamente a Spade y siguieron como si tal cosa.

-Siempre me alegra conocer a los amigos de Tom Minera -comentó Spade jovialmente.

Minera terminó de cerrar la puerta y dijo con torpeza:

-Bueno... sí.... señor Spade, le presento al señor Conrad y al señor James.

Conrad, que estaba en el alféizar, hizo un ademán ligeramente amable con la lima en ristre. Tenía pocos años más que Minera, estatura media, figura robusta, rasgos marcados y ojos tristes.

James bajó unos segundos el periódico para mirar fría y calculadoramente a Spade y preguntar:

-¿Cómo está, hermano?

Retornó a la lectura. James era tan robusto como Conrad, pero más alto, y su rostro poseía una sagacidad de la que carecía el de aquel.

-Ah, y a los amigos del difunto Eli Haven -apostilló Spade.

El hombre situado junto a la ventana se clavó la lima en un dedo y maldijo dolorido. Minera se humedeció los labios y habló deprisa, con un fondo de protesta en la voz.

-Pero en serio, Spade, ninguno de nosotros lo ha visto desde hace una semana.

Spade pareció divertirse ligeramente con la actitud del hombre moreno.

-¿Por qué supone que lo mataron? -preguntó Spade.

-Solo sé lo que dice el diario: le habían registrado los bolsillos y no tenía encima ni siquiera una cerilla -hundió las comisuras de los labios-. Por lo que yo sé, no tenía un centavo. El martes por la noche estaba sin blanca.

-Me he enterado de que el jueves por la noche recibió algo de pasta -comentó Spade en voz baja.

Minera, que se encontraba detrás del detective, contuvo notoriamente el aliento.

-Si lo dice, así será. Yo no estoy enterado -intervino James.

-Muchachos, ¿trabajó alguna vez con ustedes?

James cerró lentamente el periódico y apartó los pies de la mesa. Su interés por la pregunta de Spade parecía grande, aunque casi impersonal.

-¿Y eso qué quiere decir?

Spade simuló sorprenderse.

-Muchachos, supongo que alguna vez trabajan en algo.

Minera se acercó a Spade y dijo:

-Venga, Spade, escuche. El tal Haven no era más que un tipo que conocíamos. No tuvimos nada que ver con su viaje al otro mundo. No sabemos nada de esta historia. Verá, nosotros...

En la puerta sonaron tres golpes calculados.

Minera y Conrad miraron a James, que asintió con la cabeza, pero Spade se movió deprisa, caminó hasta la puerta y la abrió.

Allí estaba Roger Ferris.

Spade miró asombrado a Ferris, y este de igual modo al detective. Luego Ferris le estrechó la mano y dijo:

-Me alegro de verlo.

-Pase -lo invitó Spade.

-Señor Spade, quiero que vea esto -a Ferris le tembló la mano mientras sacaba del bolsillo un sobre algo sucio.

En el sobre estaban mecanografiados el nombre y las señas de Ferris. No llevaba sellos. Spade sacó la carta, un trozo delgado de papel blanco y barato, y la desplegó. Leyó las palabras escritas a máquina:

Será mejor que acuda a la habitación 411 del hotel Buxton, de la calle Army, a las 5 de esta tarde, a causa de lo ocurrido el jueves por la noche.

No había firma.

-Aún falta mucho para las cinco -opinó Spade.

-Es verdad -reconoció Ferris con energía-. Vine en cuanto la recibí. El jueves por la noche Eli estuvo en mi casa.

Minera codeó a Spade y preguntó:

-¿Qué pasa?

Spade alzó la nota para que el hombre moreno la leyera. Minera le echó un vistazo y gritó:

-Spade, le aseguro que no sé nada de esta carta.

-¿Alguien tiene la más remota idea? -preguntó Spade.

-No -se apresuró a replicar Conrad.

-¿De qué carta habla? -inquirió James.

Spade miró a Ferris como si estuviera soñando, y luego comentó como si hablara para sus adentros:

-Ya entiendo. Haven intentaba sacudirle el bolsillo.

Ferris se ruborizó.

-¿Cómo?

-Sacudirle el bolsillo -repitió Spade con paciencia-. Sacarle dinero, chantajearlo.

-Oiga, Spade -dijo Ferris severamente-, ¿está hablando en serio? ¿Por qué motivo querría chantajearme?

-«Al bueno de Buck, que conoció las luces de colores, en recuerdo de aquellos tiempos.» -Sam citó la dedicatoria del poeta muerto. Miró severamente a Ferris y frunció el ceño-. ¿Qué significa luces de colores? En la jerga del circo y de las ferias, ¿cómo se dice cuando se arroja a un tipo de un tren en marcha? Ni más ni menos que luz roja. Claro, ahí está la madre del cordero: las luces rojas, Ferris, ¿a quién tiró de un tren en marcha, y por qué Haven lo sabía?

Minera se acercó a una silla, se sentó, apoyó los codos sobre las rodillas, se cubrió la cabeza con las manos y miró vacuamente hacia el suelo. Conrad respiraba entrecortadamente.

Spade se dirigió a Ferris:

-¿Qué dice?

Ferris se secó el rostro con un pañuelo, lo guardó en el bolsillo y se limitó a responder:

-Fue un chantaje.

-Y por eso lo asesinó.

Los ojos azules de Ferris, que miraban los grises amarillentos de Spade, estaban tan límpidos y firmes como su voz.

-Yo no fui -sostuvo-. Juro que no lo maté. Le contaré lo que ocurrió. Tal como le dije, me envió el libro, y en seguida comprendí el significado de la dedicatoria. Cuando al día siguiente telefoneó para decirme que quería hablar conmigo de los viejos tiempos y para tratar de convencerme de que le prestara dinero en recuerdo del pasado, volví a saber a qué se refería, fui al banco y retiré diez mil dólares. Puede comprobarlo, tengo cuenta en el Seamen's National.

-Lo haré -aseguró Spade.

Tal como ocurrieron las cosas, no hizo falta esa suma. No me exigió demasiado, y lo convencí de que se llevara cinco mil. Al día siguiente ingresé en el banco los otros cinco mil. Puede comprobarlo.

-Lo haré -repitió Spade.

-Le dije que no pensaba aceptar un solo sablazo más, que esos cinco mil eran los primeros y los últimos que le daba. Lo obligué a firmar un documento que decía que había colaborado en el... en lo que yo había hecho... y lo rubricó. Se fue a medianoche y nunca más volví a verlo.

Spade golpeó el sobre que Ferris le había entregado.

-¿Y qué puede decirme de esta nota?

-Me la entregó un mensajero a mediodía, y vine en seguida. Eli insistió en que no había hablado con nadie, pero yo no estaba seguro. Tenía que enfrentarlo.

Spade se volvió hacia los demás con expresión impasible e inquirió:

-¿Qué opinan ustedes?

Minera y Conrad miraron a James, que hizo un gesto de impaciencia y dijo:

-Claro que sí, nosotros le enviamos la nota. ¿Por qué no? Éramos amigos de Eli y no habíamos podido contactar con él desde que decidió apretarle las clavijas a este tipo. Entonces apareció muerto y decidimos hacer venir al caballero para que nos diera una explicación.

-¿Sabían que pensaba apretarle las clavijas?

-Claro. Estábamos reunidos cuando Eli tuvo la idea.

-¿Cómo se le ocurrió? -preguntó Spade.

James estiró los dedos de la mano izquierda.

-Estuvimos bebiendo y charlando, ya sabe lo que ocurre cuando un grupo de muchachos comenta lo que ha visto y hecho... y Eli nos contó una historia acerca de que una vez había visto a un individuo arrojar a otro a un cañón desde un tren, y se le escapó el nombre del autor: Buck Ferris. Alguien preguntó: «¿Qué aspecto tiene Ferris?» Eli explicó cómo era entonces, y añadió que hacía quince años que no lo veía. El que hizo la pregunta soltó un silbido y añadió: «Apuesto a que es el mismo Ferris dueño de la mitad de los cines de este estado. ¡Apuesto a que te daría algo con tal de que no levantarás la perdiz!» Así fue como la idea prendió en Eli. Se notaba. Pensó un rato, y luego se mostró reservado. Preguntó cuál era el nombre de pila del Ferris de los cines, y cuando el otro respondió «Roger», simuló decepcionarse y añadió: «No, no es él. Se llamaba Martin». Todos nos reímos y, finalmente, reconoció que pensaba visitar al caballero. Cuando el jueves a mediodía me telefoneó para decir que esa noche daría una fiesta en el bar de Pogey Hecker, deduje inmediatamente qué estaba pasando.

-¿Cuál era el nombre del caballero que sufrió la luz roja?

-No quiso decirlo. Se cerró a cal y canto. Es lógico.

-Supongo que sí -coincidió Spade.

-Y después, la nada. Jamás apareció por el bar de Pogey. A las dos de la madrugada intentamos contactarlo por teléfono, pero su esposa dijo que no había aparecido por casa. Nos quedamos hasta las cuatro o las cinco, llegamos a la conclusión de que nos había dado el esquinazo, convencimos a Pogey de que anotara las consumiciones en la cuenta de Eli y nos dimos el piro. Desde entonces no he vuelto a verlo... ni vivo ni muerto.

Spade comentó con tono mesurado:

-Es posible. ¿Seguro que no encontró a Eli por la mañana, lo llevó a dar un paseo, le cambió los cinco mil pavos de Ferris por las balas y lo arrojó entre los...?

Una enérgica llamada doble estremeció la puerta.

El rostro de Spade se iluminó, se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Entró un joven. Era apuesto y perfectamente proporcionado. Llevaba un abrigo ligero y tenía las manos en los bolsillos. Nada más entrar, giró a la derecha y se detuvo de espaldas a la pared. En ese momento franqueó la puerta otro joven, que torció a la izquierda. Aunque no se parecían, la postura compartida, la elegancia de sus cuerpos y sus posiciones casi simétricas -espalda contra la pared, manos en los bolsillos,

miradas frías y brillantes que estudiaban a los que ocupaban la estancia-, les concedían fugazmente la apariencia de gemelos.

Entonces hizo su entrada Gene Colyer. Saludó a Spade, y no hizo el menor caso de los demás, pese a que James dijo:

-Hola, Gene.

-¿Alguna novedad? -preguntó Gene Colyer al detective.

Spade asintió.

-Al parecer este caballero fue... -señaló a Ferris con el pulgar.

-¿Hay un lugar donde podamos hablar tranquilos?

-En el fondo está la cocina.

-Denle a todo lo que se mueva -ordenó Colyer por encima del hombro a los dos jóvenes atildados, y siguió a Spade hasta la cocina.

Colyer ocupó la única silla, y miró a Spade sin pestañear, mientras este le contaba todo lo que había averiguado.

Cuando el detective privado concluyó, el hombre de ojos verdes preguntó:

-¿Cuál es su opinión?

Spade lo miró pensativo.

-Usted ha averiguado algo. Me gustaría saber de qué se trata.

-Encontraron el arma en el río, a cuatrocientos metros del sitio donde apareció el cadáver -dijo Colyer-. Pertenece a James... tiene la marca de la vez que en Vallejo se la quitaron de la mano de un tiro.

-Muy interesante -comentó Spade.

-Escuche. Un chico apellidado Thurber dice que el miércoles pasado James fue a verlo y le encomendó que siguiera a Haven. El jueves por la tarde, Thurber lo encontró, comprobó que estaba en casa de Ferris y telefoneó a James. Este le dijo que no se moviera del lugar y que le dijera a dónde se dirigía Haven cuando saliera, pero una vecina nerviosa denunció al merodeador y, alrededor de las diez de la noche, la policía lo echó.

Spade apretó los labios y, concentrado, miró el techo.

Pese a que los ojos de Colyer no denotaban la menor expresión, el sudor daba brillo a su cara redonda, y su voz sonaba ronca.

-Spade, voy a entregarlo.

Spade desvió la mirada del techo y la fijó en los saltones ojos verdes.

-Nunca había entregado a uno de los míos, pero esto es el no va más -añadió Colyer-. Julia tiene que creer que yo no tuve nada que ver con este asunto si ha sido uno de los míos y lo denunció, ¿no le parece?

-Supongo que sí -Spade asintió lentamente.

De pronto Colyer apartó la mirada y carraspeó. Cuando volvió a hablar fue lacónico:

-Bueno, ya se puede despedir.

Minera, James y Conrad estaban sentados cuando Spade y Colyer salieron de la cocina. Ferris caminaba de un extremo a otro de la habitación. Los jóvenes apostados no se habían movido.

Colyer se acercó a James y preguntó:

-Louis, ¿dónde está tu pistola?

James deslizó la mano derecha hacia el lado izquierdo del pecho, se quedó quieto y dijo:

-No la he traído.

Con la mano enguantada, pero abierta, Colyer golpeó a James en la cara y lo hizo caer de la silla.

James se incorporó y masculló:

-No pasa nada -se llevó la mano a la cara-. Jefe, no tendría que haberlo hecho, pero cuando telefoneé y dije que no quería plantarle cara a Ferris con las manos vacías y que no tenía armas, le dije que no se preocupara, y le envié la mía.

-Y también le enviaste a Thurber -apostilló Colyer.

-Nos interesaba saber si lo había conseguido -murmuró James.

-¿No podías ir personalmente o enviar a cualquier otro?

-¿Después de que Thurber alertara a todo el barrio?

Colyer se dirigió a Spade:

-¿Quiere que le ayudemos a entregarlo o prefiere llamar a la policía?

-Lo haremos bien -respondió Spade, y se dirigió al teléfono de la pared. Cuando terminó de hablar tenía cara de palo y la mirada perdida. Lió un cigarrillo, lo encendió y se volvió hacia Colyer-. Soy lo bastante tonto como para pensar que Louis ha dado un montón de respuestas acertadas con la historia que ha contado.

James apartó la mano de la mejilla irritada y miró desconcertado a Spade.

-¿Qué le pasa? -protestó Colyer.

-Nada -respondió Spade afablemente-. Salvo que me parece que usted está demasiado deseoso de endilgarle el muerto a Louis -exhaló una bocanada de humo-. Por ejemplo, ¿por qué abandonaría el arma sabiendo que tenía marcas que algunas personas podían reconocer?

-Me parece que usted piensa que Louis tiene cerebro -comentó Colyer.

-Si lo mataron estos muchachos, y si sabían que estaba muerto, ¿por qué esperaron a que apareciera el cadáver y se removiera el avispero para perseguir nuevamente a Ferris? ¿Para qué le habrían vaciado los bolsillos si lo habían secuestrado? Supone tomarse muchas molestias, y solo lo hacen aquellos que matan por otros motivos y quieren que parezca un robo -Spade meneó la cabeza-. Usted está demasiado deseoso de endilgarles el muerto a los muchachos. ¿Por qué harían...?

-Ahora esto no viene al caso -lo interrumpió Colyer-. La cuestión consiste en que explique por qué dice que estoy demasiado deseoso de endilgarle el muerto a Louis.

Spade se encogió de hombros.

-Quizá para aclarar el asunto con Julia lo más rápida y limpiamente posible, incluso para dejar las cuentas claras con la policía. Además, están sus clientes.

-¿Cómo? -preguntó Colyer.

Distraído, Spade hizo un gesto con el cigarrillo y respondió:

-Ferris. Lo mató él, eso es obvio.

A Colyer le temblaron los párpados, pero no llegó a abrir y cerrar los ojos. Spade añadió:

-En primer lugar, por lo que sabemos, es la última persona que vio vivo a Eli, y esta es una apuesta ganadora. En segundo lugar, es la única persona con la que hablé antes de que apareciera el cadáver de Eli y que se interesó por saber si yo pensaba que estaba ocultando datos. Los demás solo pensaron que estaba buscando a un individuo que se había largado. Como Ferris sabía que yo buscaba al hombre que había matado, necesitaba quedar fuera de toda sospecha. Incluso tuvo miedo de tirar el libro, porque lo enviaron de la librería, podía rastrearse y cabía la posibilidad de que algún empleado hubiese leído la dedicatoria. En tercer lugar, era el único que consideraba a Eli un muchacho encantador, limpio y adorable... por los mismos motivos. En cuarto lugar, la historia del chantajista que se presenta a las tres de la tarde, solicita amablemente cinco mil y se queda hasta medianoche es absurda, por muy buenas que fueran las bebidas. En quinto lugar, la historia sobre el documento firmado por Eli no tiene asidero, aunque sería bastante fácil falsificar un papel de este tipo. En sexto lugar, tiene un motivo más sólido que el de cualquiera de las personas implicadas para querer ver muerto a Eli.

Colyer asintió lentamente y dijo:

-De todas maneras...

-De todas maneras, nada -lo interrumpió Spade-. Tal vez hizo el truco de los diez mil y los cinco mil dólares con el banco, lo cual no supone ninguna dificultad. Luego metió en su casa a este chantajista imbécil, le hizo perder tiempo hasta que los criados se retiraron, le arrebató la pistola que le habían prestado, lo empujó escaleras abajo, lo metió en el coche y lo llevó a dar un paseo... es posible que ya estuviera muerto cuando se lo llevó, o que le disparara entre los arbustos... le vació los bolsillos para obstruir la identificación y hacer que pareciera un robo, arrojó el arma al río y volvió a casa...

Se interrumpió al oír una sirena en la calle. Por primera vez desde que había empezado a hablar, Spade miró a Ferris.

Aunque Ferris estaba mortalmente pálido, mantuvo firme la mirada. Spade agregó:

-Ferris, tengo la corazonada de que también nos enteraremos de aquel trabajo de la luz roja. Me contó que, en la época en que Eli trabajó para usted, tenía un socio en la empresa de ferias. Después llevó solo el negocio. No nos será difícil averiguar si su socio desapareció, murió de muerte natural o si está vivo.

Ferris ya no estaba tan erguido. Se humedeció los labios y dijo:

-Quiero ver a mi abogado. No hablaré hasta que haya consultado a mi abogado.

-Me parece bien -opinó Spade-. Tendrá que enfrentarse con todo esto. Le diré que, personalmente, los chantajistas me caen mal. Creo que Eli escribió un buen epitafio para ellos en su libro: «Demasiados han vivido».